

“Mujeres traumatizadas trabajando con mujeres traumatizadas: reflexiones sobre la vida y el trabajo en una zona de guerra”* de Gabriele Kramer (1)

Traducción: Paula Satta**

Resumen: En este artículo, la autora comparte su experiencia tanto personal como profesional en el trabajo con mujeres y niños que han sufrido *violencia destructora de almas* en la ex Yugoslavia durante los últimos años.

Palabras clave: Bosnia, Tuzla, trauma, proyectos de mujeres, refugios

Aunque una pudiera argumentar que no hay nada único o nuevo en el tipo de *violencia destructora de almas* que ha causado tantas muertes en la ex-Yugoslavia durante los últimos años, es notable el hecho de que ocurrió en el corazón de Europa, a menos de una hora de avión de Alemania. También es extraordinaria la solidaridad desplegada por mujeres de todo el mundo con otras mujeres viviendo en la zona de guerra. En este artículo, me gustaría compartir con ustedes mis propias experiencias respecto a este tema.

El contexto

“Solo empecé por el principio” fue la respuesta que recibí cuando dije que no sabía cómo comenzar o qué escribir. ¿Pero cuándo comenzó todo? Me di cuenta que fue con la escalada de violencia en la ex Yugoslavia en 1991, al mismo tiempo que Alemania se tambaleaba en una ola de militancia neo-fascista, caracterizada por numerosos ataques contra refugiados e inmigrantes. Tomados en conjunto, estos acontecimientos me remontaban a imágenes de la Segunda Guerra Mundial, esas historias que mis padres me habían contado, el vuelo de mi madre y mi hermana, y mi vergüenza y culpa por ser alemana. Con este estado de ánimo fui a visitar unos viejos amigos de Kurdistán, y recuerdo muy bien el enojo y la impotencia que sentí al ver el miedo en sus ojos y los cuchillos que sostenían en sus manos por si los *skinheads* intentaban incendiar sus casas.

Precisamente esta fue la misma sensación que me arrasó cuando leí por primera vez sobre las violaciones en masa cometidas en Bosnia. ¿Alguna vez seremos capaces de aprender algo de la historia? ¿El género humano está destinado a repetir los mismos errores una y otra vez hasta que finalmente no quede nadie a quien matar?

Con estos pensamientos rondando en mi cabeza, no dudé ni un segundo cuando una amiga me preguntó si quería involucrarme en un proyecto de asistencia a mujeres que estaba en proceso de desarrollo. Ya no bastaba con asistir a manifestaciones o participar en debates

intelectuales; había llegado el momento de hacer algo, y tres de nosotras, tres mujeres, nos sentamos a planificarlo. Sin embargo, pronto se hizo evidente que si nos quedábamos en un living de Alemania no seríamos capaces de determinar lo que las mujeres y los niños de Bosnia necesitaban. En su lugar, tendríamos que viajar a la región y preguntarles a las propias mujeres qué necesitaban y qué querían que hiciéramos.

Es por eso que en junio de 1993 partimos hacia Tuzla (Bosnia). Elegimos ese destino por dos razones, en primer lugar por la situación política –la ciudad estaba bajo control de un gobierno de coalición (no-nacionalista) y en segundo lugar, porque teníamos varios contactos locales. Sin embargo nuestro viaje no fue fácil. En una primera instancia, para entrar a Bosnia tuvimos que luchar para conseguir un permiso de la Sede del Consejo de Derechos Humanos de la ONU en Zagreb. Nos pidieron pruebas de que contábamos con apoyo de alguna organización de ayuda internacional, y se rieron cuando les contamos que nuestro plan era implementar un proyecto con mujeres en zona de guerra. Finalmente obtuvimos los permisos necesarios, aunque fue solo gracias a la oportuna intervención de una organización humanitaria alemana dedicada al trabajo en toda la región.

El siguiente paso en nuestro viaje fue igualmente angustiante. Llegamos a Sarajevo en el medio de un bombardeo y fuimos transportadas en un camión blindado a la base de las Naciones Unidas en Kiseljak, y desde ahí en jeep a Zenica. Allí es donde comenzó la espera, mientras Tuzla seguía bloqueada y su calle principal intransitable a causa de los enfrentamientos en la zona. Finalmente pudimos viajar escoltadas por un grupo organizado de ex soldados británicos. Habiendo recorrido pequeños caminos de montaña escuchando bombardeos y disparos de ametralladoras a la distancia, nos pusimos muy contentas cuando llegamos sanas y salvas a nuestro destino. Inmediatamente nos sorprendimos por la aparente ausencia de vida: no había autos, no había ruido y no había electricidad. Sin embargo, sí había vida en la ciudad. Los niños jugaban delante de sus casas, y parecía que cualquier área abierta – incluso balcones y terrazas- era usada para cultivar frutas y verduras. Mientras tanto, caminar por el vestíbulo del hotel era como entrar en el mundo de los hombres: soldados bosnios, personal de Naciones Unidas y legionarios franceses con rifles colgando de sus hombros, hablando entre ellos o tomándose un trago en la barra. Se asombraban ante nuestra presencia y por el hecho de haber ido desde Alemania para encontrar un proyecto o una agencia a la cual pudiéramos prestar nuestro apoyo.

Aunque el nivel de necesidad en Tuzla era obviamente inmenso, la mayor parte de las organizaciones que activaban en la ciudad eran de carácter fuertemente nacionalista o estaban interesadas solamente en proveer apoyo a combatientes mutilados o heridos. Pasamos dos meses en la región evaluando las necesidades y los deseos de las mujeres locales, encontrándonos con una gran variedad de personas durante el proceso, desde refugiados y personas desplazadas, a políticos y psiquiatras. Mientras los habitantes de la zona claramente trataban de llevar una vida tan normal como fuera posible dadas las circunstancias,

nosotras no teníamos dudas que la guerra estaba haciendo estragos sobre sus mentes y sus cuerpos. El hospital local, por ejemplo, carecía de medicamentos básicos de forma crónica, y sus doctores y enfermeras eran forzados a trabajar largas jornadas en las condiciones más primitivas.

Si esto no era lo suficientemente sorprendente, los campamentos de refugiados en los alrededores de Tuzla se caracterizaban por privaciones todavía mayores. Cientos de mujeres, niños y ancianos estaban hacinados en un pasillo grande, sin ninguna intimidad y con una caja de cartón debajo de la cama como única pertenencia. *¿Qué quieren?* nos gritaron en una de las visitas a los campos. *¿Solamente vinieron para mirarnos? ¡Vuelvan a sus casas, o cuéntenle al mundo sobre nosotros!* Su rabia era palpable, como sus caras de sufrimiento por las terribles pérdidas y atrocidades que habían padecido.

Finalmente, luego de muchas consultas, y profundamente movilizadas por el sufrimiento que nos rodeaba, decidimos enfocar nuestras energías en el desarrollo de un Centro que proporcionara asesoramiento psicoterapéutico a mujeres y niños traumatizados. Aunque nos viéramos nosotras mismas jugando un papel clave en su génesis y crecimiento, creíamos que debía ser un proyecto realizado por mujeres bosnias para mujeres bosnias. Volvimos a Alemania en agosto de 1993, y yo pasé los meses siguientes escribiendo propuestas y buscando financiamiento de quienes estuvieran dispuestos a apoyar nuestra iniciativa.

Hicimos nuestro segundo viaje a Bosnia en diciembre del mismo año, después de habernos asegurado un primer compromiso de financiamiento de una organización de mujeres asociada a la Iglesia Evangélica alemana. Sin embargo, su apoyo estaba condicionado a que una de nosotras supervisara la puesta en práctica del proyecto en el campo. De más está decir que todas éramos conscientes de las condiciones de vida de Tuzla en ese momento y que todas teníamos miedo. Yo, por ejemplo, pasé largas horas deliberando si realmente debía aceptar el cargo, y finalmente decidí hacerlo mientras visitábamos un proyecto de mujeres que se estaba llevando a cabo en Zenica. Pasamos cinco días allí antes de viajar a Tuzla, donde la situación claramente se había deteriorado desde nuestra última visita. Era invierno, hacía un frío mortal, y oímos numerosos informes de personas que morían de hambre o se mataban entre ellas. De todos modos, teníamos muchas cosas para entretenernos: el alquiler de un local, la preparación de los contratos y los encuentros con mujeres de la zona que trabajarían en el proyecto con nosotras.

Hice un último viaje a Alemania antes de trasladarme a Tuzla de forma permanente. En ese momento renuncié a mi trabajo como psicóloga en el hospital, y me dediqué a la recaudación de fondos y otras tareas necesarias para la puesta en práctica del proyecto. Cuando finalmente estuve lista para partir en marzo de 1994, me sentí muy afortunada al poder aprovechar un nuevo servicio aéreo que funcionaba entre Sarajevo y la base americana de las

Fuerzas Aéreas fuera de Frankfurt. Como uno podría imaginarse, esta disminución considerable en la duración del viaje me permitió llegar a Tuzla cuando todavía me sentía con buenos ánimos. Con una notebook y financiación limitada, comenzamos inmediatamente el trabajo en el nuevo Centro junto a dos mujeres bosnias. Mirando retrospectivamente esos primeros momentos, debo decir que estaba inmensamente motivada pero era muy, muy ingenua.

El Proyecto

Como fue mencionado anteriormente, el objetivo del proyecto era proporcionar asistencia a mujeres y niños traumatizados por la guerra, independientemente de sus contextos étnicos o religiosos. Al emprender esta tarea nuestra primera prioridad fue establecer un centro que funcionara como hospital y como refugio para mujeres. Considerando el grado en el cual las mujeres estaban siendo retraumatizadas diariamente, un punto crítico fue crear un entorno seguro; sólo así la recuperación sería posible. Cuando el Centro abrió en junio de 1994, funcionó como hogar para 18 mujeres y 40 niños, con una estadía promedio de aproximadamente ocho meses.

Una vez que esta fase del proyecto fue operativizada, focalizamos nuestra atención en otras dos áreas de intervención. La primera de ellas centrada en la creación de una unidad móvil de psicóloga/os que proporcionarían terapia individual y grupal, así como también apoyo en el desarrollo de grupos de autoayuda en los campamentos de refugiados que rodeaban Tuzla. La unidad visitó su primer campo en agosto de 1994, con un promedio de 90 mujeres que recibieron asistencia en cada ocasión. En 1995 la unidad fue provista de una ambulancia, de modo que pudiera ofrecer asistencia médica junto a los servicios de asesoramiento.

Nuestra tercera prioridad era brindarles herramientas a las mujeres que venían al Centro con el objetivo de que fueran autosuficientes después, de modo que no tuvieran que volver a los campamentos de refugiados. Al final, adquirimos tres casas (con una capacidad total para 40 mujeres y 90 niños), cada una ofrecía su propia variedad de servicios. Los objetivos de la casa están resumidos aquí abajo:

1. Las mujeres que vivían en la primera casa estaban interesadas en mejorar sus trayectorias educativas mientras organizaban sus propias vidas. Contratamos un coordinador en octubre de 1994 para supervisar la puesta en práctica del proyecto, con psicólogos y trabajadores sociales disponibles de guardia.
2. Abierta en marzo de 1995, esta casa estaba dirigida a mujeres que deseaban vivir de forma independiente pero al mismo tiempo tener acceso disponible a servicios de asistencia en el caso que surgiera la necesidad.

3. Centrada alrededor de una iniciativa agrícola, las mujeres que vivían allí tenían la posibilidad de participar de una actividad productiva para generar ingresos. Esta casa abrió sus puertas en el verano de 1995.

Todas las mujeres implicadas en el proyecto fueron integradas en un modelo terapéutico que comprendía los siguientes elementos:

- Asistencia médica (intervenciones somáticas y psicoterapia)
- Terapias (psicoterapia, terapia del cuerpo, terapia artística, entre otras)
- Trabajo social (asesoramiento de un trabajador social; ayuda en la búsqueda de miembros familiares perdidos; ayuda en la planificación de objetivos de vida)
- Educación (servicios de guardería; aprendizaje de lecto-escritura, costura, computación e idiomas)

Tanto como fuera posible, intentábamos involucrar a cada mujer en la operación cotidiana de las casas y el Centro. Por ejemplo, se esperaba que las residentes prepararan la comida e hicieran las tareas del jardín y a su vez fueran responsables del mantenimiento de su propio cuarto. En las etapas posteriores del proyecto, una vez que habíamos adquirido máquinas de coser y telares, también les dimos la oportunidad de hacer ropa o alfombras durante su tiempo libre. Finalmente, el personal y las residentes se reunirían cada semana en una asamblea general donde se resolverían conflictos, se esbozarían propuestas y se prepararían los cronogramas.

Hacia finales de 1994, el proyecto había empleado un total de 30 personas, provenientes de todas las comunidades étnicas y abarcando una amplia variedad de habilidades. Además, el personal había sido dividido en cuatro equipos separados: *Apoyo técnico-administrativo*, *Terapias*, *Asistencia médica*, y *Educación*. Las reuniones del personal estable se hacían una vez al mes, mientras los terapeutas se encontraban una vez por semana. Yo oficié de coordinadora del proyecto, reuniéndome regularmente con directores de equipo para dirigir problemas clave y ocuparme de la planificación estratégica.

Desde luego, al evaluar la estructura y los objetivos del proyecto es necesario destacar que el plan original que teníamos cuando viajamos a Bosnia en Junio de 1993, tenía un alcance mucho menor que aquel con el cual estuvimos posteriormente de acuerdo. ¿Cómo sucedió esto? Mientras en un principio teníamos la intención de focalizar nuestros esfuerzos únicamente en aquellas mujeres que habían sido violadas o agredidas sexualmente, rápidamente tuvimos la certeza de que las mujeres en Bosnia estaban siendo victimizadas de muchas formas, sexual, física y psicológicamente. A pesar de haber sido conscientes de que fue por esta razón que enfocamos nuestro proyecto en un centro psicoterapéutico para mujeres traumatizadas y niños, también éramos conscientes de los peligros inherentes a tal nombre, el

más notable de ellos era ocultar el sufrimiento de las mujeres por causa de la violación y otras formas de violencia sexual. Ante este riesgo, nos propusimos como prioridad visibilizar esta cuestión siempre que fuera posible, tanto con las mujeres que participaban en el proyecto como con el público en general.

Cuando comenzamos el trabajo en el área de Tuzla, no teníamos una idea clara de cuantas mujeres del Centro o las que visitábamos en los campos habían sido violadas. No les preguntábamos, aunque en algunos casos abordaban el asunto ellas mismas; en otros nosotras simplemente adivinábamos. Sin embargo, mientras más nos familiarizábamos con las condiciones locales, más certezas teníamos acerca de la magnitud de la victimización de las mujeres. Sin ir más lejos, además de que casi todas aquellas que vivían en los campos habían sido forzadas a escapar de sus casas, la mayoría también había sido testigo de la tortura y la matanza de los miembros de su familia. Lo cierto es que conocimos varios casos en los cuales las mujeres habían perdido a 30 o más parientes masculinos, incluyendo maridos, padres, hermanos e hijos. Como si este hecho no fuera bastante traumático en sí mismo, posteriormente muchas mujeres eran violadas y torturadas por las fuerzas armadas, así como también sujetas a la humillación psicológica de los funcionarios gubernamentales entre otros.

En este contexto, no resulta sorprendente que las mujeres llevaran cicatrices terribles, tanto físicas como psicológicas. Quienes venían al Centro tenían síntomas que por lo general eran bastante similares, como pérdida del autoestima, depresión, cambios bruscos del humor, enfermedades somáticas, para nombrar solo algunos. Mientras en algunos casos también encontrábamos personas con una percepción distorsionada de la realidad o que sufrían un trastorno de identidad disociativo, en todos los casos la magnitud del comportamiento era considerablemente destructivo: muchas mujeres eran adictas a una o varias drogas farmacéuticas, mientras que eran frecuentes los brotes de ira contra sus niños u otras residentes.

Aunque nuestro deseo desde un principio había sido concentrar la mayor parte de nuestra atención en la recuperación de las mujeres y los niños traumatizados por la guerra, pronto descubrimos que la necesidad de intervención en el contexto de crisis era tal que al menos algunas de nuestras energías tendrían que ser reorientadas en esta dirección. No sólo había relativamente pocos organismos de ayuda humanitaria que funcionaran en la zona, sino que la población de refugiados era inmensa, aproximadamente 300.000 personas (predominantemente mujeres, niños y ancianos) viviendo tanto en los campos como en la ciudad misma.

La realidad

Pasé mis primeros tres meses en Tuzla en un frenesí de actividades: obtención de permisos, contratación de personal, pedidos de conexiones telefónicas y eléctricas, compra de

muebles e innumerables tareas. Fue entonces cuando me di cuenta de la magnitud del desafío que tenía por delante. No sólo éramos sobornadas regularmente por funcionarios públicos ansiosos de enriquecerse a costa nuestra, sino que además nos enfrentamos con una gran hostilidad de parte de los administradores de los campamento de refugiados, que al principio no estaban dispuestos a dejarnos entrar en los campos o insistían que cualquier mujer que volviera con nosotras al Centro inmediatamente perdería todos sus derechos como refugiada. De más está decir que esto nos colocó en una difícil posición, que sólo logramos resolver con la ayuda del alcalde de Tuzla.

Finalmente, el Centro le dio la bienvenida a sus primeros residentes el 15 de junio de 1994. El grupo inicial consistió de 18 mujeres y 40 niños; todos eran de la región que rodea Srebrenica y la mayoría había perdido a sus parientes masculinos. Desde el primer día el trabajo en el Centro fue, al mismo tiempo, dificultoso y fortalecedor. Como la mayor parte del personal tenía otros empleos, pasaban una parte del día trabajando en otros lados, y el resto en el Centro. Sin embargo, para todo aquel que contratábamos, la moneda fuerte que ganaban jugó un papel crucial en ayudarlos a cubrir las necesidades básicas de sus familias.

Respecto a las condiciones de trabajo, sin mencionar la ansiedad que muchos empleados experimentaban pensando en sus niños que estaban en el hogar o en los miembros de su familia que estaban en otras partes del país, como era de esperar, teníamos que lidiar con conflictos interpersonales dentro de la organización, entre mis empleados y yo, o entre los empleados y los residentes. Como uno podría imaginarse, las diferencias idiomáticas eran muy problemáticas; sólo tres empleados podían comunicarse en inglés o alemán, y mi propio aprendizaje del idioma a paso lento continuaba frustrándome. Por eso, al principio no sólo me resultaba imposible entablar una conversación casual con mis empleados (ya que era necesario un traductor para que pudiera ocurrir dicha interacción), sino que estaba siempre presente el riesgo de malentendidos. Sin embargo, la situación mejoró considerablemente una vez que comenzamos a ofrecer cursos de idioma extranjero para el personal, y una vez que tuve más confianza en mis propias habilidades con el idioma.

Como ya he mencionado, la relación entre las residentes y el personal también fue problemática. En mayor medida se debía a que la mayor parte de nuestros empleados eran de pueblos o ciudades, mientras que la mayoría de los refugiados, incluyendo aquellos participando en el proyecto, habían vivido en áreas rurales antes de haber sido desplazados por la guerra. Por un lado, este hecho significaba que había diferencias culturales significativas entre ambos grupos, ya que las mujeres de la ciudad generalmente tenían más medios para viajar, estudiar o hacer una carrera, en comparación con las mujeres del campo. Por otro lado, el campo bosnio había sufrido desproporcionadamente la violencia causada por la guerra y esto generaba que muchos de los refugiados tuvieran resentimientos con los habitantes de la ciudad que podían escapar ilesos, con sus casas intactas y los miembros de su familia vivos.

Por otro lado, la psicoterapia es un campo relativamente nuevo en Bosnia. Las personas que desean especializarse en esta disciplina deben viajar a Zagreb o Belgrado para la formación necesaria. Por esta razón, yo no tenía absolutamente ninguna suerte en la búsqueda de psicoterapeutas que vivieran en el área de Tuzla y estuvieran dispuestos a involucrarse en el trabajo del Centro. Para vencer esta dificultad, localicé a un grupo de psicólogos, trabajadores sociales y educadores y les dije que ayudaría en la capacitación mientras estuvieran dispuestos a aprender y pudieran contener las situaciones de vida de los pacientes.

La primera sesión de terapia del equipo fue poco después de que abriera el Centro. De más está decir, cada uno de los que estuvo involucrado en ella estaba ansioso e inseguro, sabiendo que tendríamos demasiado para hablar durante nuestra reunión de personal inicial. Sin embargo, a pesar de que yo participaba de estas reuniones todas las semanas, tardé algo de tiempo en darme cuenta que muchos problemas clave, relacionados con el trabajo y los pacientes, simplemente no estaban siendo tratados de una forma adecuada. Y me tomó aún más tiempo darme cuenta que yo era parte del problema. La cosa es que los terapeutas luchaban con un gran número de desafíos, sin estar exentos del riesgo de traumatización secundario, por lo que necesitaban un lugar seguro donde pudieran trabajar temas sin sentir constantemente la necesidad de estar demostrándose a sí mismos que podían hacerlo (como les sucedía cuando yo estaba presente).

Sin embargo, aún cuando reconocí la importancia de proporcionarles a los terapeutas el apoyo adecuado y fortalecer un ambiente positivo, perdí contacto con mis propias necesidades y limitaciones. Es decir, estaba tan absorbida en cumplir mis responsabilidades como coordinadora del proyecto, en la búsqueda de fondos y en mi tarea como psicoterapeuta, jurado y mujer fuerte residente en el área, que ignoré las señales de advertencia que mi cuerpo me enviaba. Finalmente, este hecho tomó una serie de reveses, incluyendo una operación médica en Alemania y el ataque de seis soldados en mi casa de Tuzla, hasta que comencé a preguntarme por qué no me tomaba en serio el cuidado de mí misma. Aunque esta certeza no me condujera a hacer un cambio inmediato en mi modo de vivir o en mis actividades, comencé a dedicar cada vez más tiempo a la escritura de mi diario, así como a hacer algunos viajes de fin de semana a la costa para visitar a un amigo alemán que trabajaba en otra organización. También fue provechosa la decisión de reestructurar los equipos de trabajo, transferí a los artistas y los fisioterapeutas del equipo de Terapia a los equipos de Educación y Asistencia Médica respectivamente. De esta forma, los terapeutas podían encontrarse como un grupo propio en una sesión cerrada una vez por semana, y hablar de problemas relacionados con el trabajo, así como otras cuestiones pertinentes. Finalmente también organicé un retiro de "autoexperiencia" para todos los empleados en un hotel del área de Tuzla. Resultó ser una buena experiencia. El cambio de escenario no solo facilitó que la gente se abriera y fuera

franca con los demás y conmigo, sino también ayudó a engendrar una nueva atmósfera de respeto mutuo y comprensión.

En gran medida, fue esta atmósfera la que proporcionó la base del éxito del proyecto y el crecimiento durante los dos primeros años de su existencia. No sólo la compra de una ambulancia hizo que aumentara considerablemente nuestra capacidad para atender las necesidades de los residentes del campamento de refugiados, sino que comenzamos a planificar cada vez más y poner en práctica nuevas iniciativas, como cursos de computación e idiomas para las mujeres que vivían en el Centro y en sus casas. Sin embargo, en el momento mismo que registramos estos éxitos, la situación política en la región se volvía crecientemente inestable, con el secuestro de las tropas de paz de Naciones Unidas, ataques aéreos de la OTAN contra objetivos militares serbio-bosnios, y, en julio de 1995, la captura de zonas seguras de Naciones Unidas en Srebrenica y Zepa por la milicia serbio-bosnia. En total, 40.000 personas fueron forzadas a huir, de las cuales una proporción significativa terminó en el área de Tuzla.

Mientras los nuevos refugiados llegaban, comenzamos con los preparativos para acomodar residentes adicionales en el Centro. Sin embargo, fuimos inmediatamente golpeadas por el hecho de que estas mujeres tenían perfiles psicológicamente diferentes que las que habían huido a Tuzla previamente. Aunque muchos de ellos habían surgido de sus experiencias terribles y severamente traumatizantes por haber sido violadas o padecido otras formas de tortura física y psicológica, ellas tenían los recuerdos tan frescos en sus mentes que no habían tenido tiempo para reprimirlos. Considerando este descubrimiento, nos lanzamos a apoyarlas tan rápido como fuera posible, y concluimos que, para un número significativo de mujeres, una serie de reuniones regulares demostró ser bastante provechosa, evitando la necesidad de una terapia prolongada.

Sin embargo, aunque indudablemente fueron horribles los ataques sobre Zepa y Srebrenica, el verdadero punto decisivo en el conflicto no sucedió hasta diciembre de 1995, cuando fue ratificado el Acuerdo de paz de Dayton por las partes en conflicto. Aunque los refugiados y los residentes de Tuzla estuvieran felices con el hecho de que la paz estuviera al alcance de sus manos, la enorme mayoría estaba sumamente decepcionada con los términos del Acuerdo, sobre todo su buena predisposición en reconocer la soberanía serbia sobre la región de Srebrenica. En efecto, esto significaba que la mayoría de los refugiados de Tuzla nunca más podría volver a sus casas.

Mientras los trabajadores sociales del Centro seguían dedicando la mayor parte de sus energías a la tarea de localizar a los miembros perdidos de las familias de las mujeres residentes, lentamente comenzaron a llegar los maridos de algunas de ellas al área de Tuzla, los cuales en su mayoría no habían visto a sus mujeres durante más de dos años. A menudo esto generó una fuente de tensión adicional, ya que tanto las mujeres como los maridos habían

sufrido experiencias significativamente traumáticas, y muchas mujeres se volvían reacias a dejar la autonomía relativa y la independencia que habían vivido durante los años de la guerra. De este modo, el abuso conyugal rápidamente se convirtió en un problema serio dentro de las familias de los refugiados, ya que los hombres procuraron compensar su baja autoestima agrediendo, violando y hasta algunas veces asesinando a sus compañeras matrimoniales.

En medio de estos acontecimientos, continuamos llevando a cabo el propósito del Centro de la mejor manera posible según nuestras capacidades. Además, nos sentimos particularmente orgullosas de que una organización alemana estuvo de acuerdo en proveer capacitación especial a nuestros terapeutas durante la primera mitad de 1996, así como también de ofrecer terapia del cuerpo para las residentes del Centro. Finalmente, fue en este momento cuando comenzamos a preparar mi propia partida de Tuzla en febrero de 1996. Habiendo planificado originalmente quedarme durante un año, que posteriormente se extendió a dos, había llegado el momento de correrme del camino para que el personal del proyecto pudiera hacerse cargo del mismo. Sin embargo, convinimos que seguiría trabajando a título consultivo desde Alemania, y procuraría asegurar el financiamiento continuado para el proyecto hasta el momento en que se hiciera totalmente autosuficiente.

La terapia

Cuando llegué por primera vez a Tuzla, estaba simplemente demasiado ocupada en la logística del proyecto como para gastar mucho tiempo pensando en las implicancias de emprender una terapia en un ambiente inestable de traumatización. Encima, incluso cuando realmente me volví sensible a esta cuestión parecía no haber nada que hacer al respecto. Me sumergí en un contexto cultural con el cual no estaba familiarizada; mis colegas eran principalmente inexpertos e inseguros; y esencialmente no había un ambiente propicio para traer expertos extranjeros en una ciudad que estaba bajo estado de sitio. De esta manera, no teníamos otra opción más que intentar encontrar nuestro propio modo de funcionamiento con los pacientes y superar los desafíos inherentes al entorno en el cual nos encontrábamos.

Como uno podría imaginarse, estas dificultades se exacerbaron por problemas en la adaptación de los métodos terapéuticos a los contextos de vida de los pacientes. Es decir, mientras que las terapias habían sido diseñadas para el trabajo con individuos con una buena educación provenientes de un país occidental industrializado, las mujeres implicadas en el proyecto tenían escasa educación formal y provenían de un entorno cultural que era al mismo tiempo sumamente tradicional y patriarcal. Sensible a estas diferencias, el desafío que afrontamos fue entrar en contacto con las mujeres mientras al mismo tiempo resistíamos al impulso de forzar nuestras teorías, estructuras y técnicas sobre ellos.

Fue particularmente difícil para mí considerando mi propia formación como una alemana que no tenía ninguna experiencia de trabajo previa en la ex Yugoslavia. Al poco tiempo, no solo tuve que modificar muchas de mis expectativas y supuestos, sino que también

tuve que aceptar que necesitaría coraje para dejar la estructura "normal" de la terapia si quería llegar a las mujeres con quienes trabajaba. Comprendí este último en condiciones particularmente duras en agosto de 1994, cuando el marido de una de las residentes volvió a Tuzla luego de escaparse de un campo de concentración serbio. Su descripción de las atrocidades comprometidas allí dejó a todas las otras mujeres en un estado profundo de depresión (ya que muchas de ellas tenían parientes que estaban recluidos en el mismo campo), y allí parecía no haber ningún modo de entrar en contacto con ellos. Sin poder hacer nada más, decidí espontáneamente que organizaría una noche especial de música y baile, habiendo notado previamente cuánto disfrutaban las mujeres de cantar y escuchar viejas canciones tradicionales. El festejo fue un éxito notable, con la participación de cada uno de los que hasta aquel momento no eran comunicativos o habían sido completamente apáticos. Para mí, esa noche también sirvió para comprender y destacar el alcance que tiene algo tan aparentemente mundano como la música que pudo hacer que las mujeres se conectaran con sus raíces, y darles un sentido de pertenencia a un suelo común.

Después de esa noche empecé a reconocirme interactuando con los residentes de un modo diferente, poniendo cada vez más énfasis en descubrir sus sentimientos, sus relaciones, y formas de comprensión del mundo alrededor de ellos. Por ejemplo, en las sesiones que tuve con mujeres que vivían en una de las casas del Centro, sugerí que reorganizáramos la sala de reunión, cambiando las mesas y las sillas por almohadas en el suelo al estilo tradicional bosnio. Habiendo hecho esto, cada una se sintió más a gusto, y cada vez más dispuesta a hablar de sus vidas antes de la guerra, ya sea su niñez, su familia, o su primer contacto con los hombres. Como la música y el baile, la narración era un medio para que las mujeres recuperaran el sentido perdido de identidad y estabilidad.

De todos modos esto último no debe sugerir que esa fuera la única técnica terapéutica usada en las sesiones. Por un lado, usamos un número de ejercicios que implican la imaginación y los sueños, aunque siempre fui cuidadosa para evitar referencias a imágenes (como bosques) que podrían generar memorias desagradables sobre la guerra. En la medida en que esta tarea se volvía exitosa, los participantes encontraron los ejercicios bastante provechosos, en particular aquellos que implicaban a los ayudantes de la playa e interiores (p.ej., mujeres sabias). Por otro lado, también hice un uso extensivo del dibujo y la pintura como un modo de ayudar a las mujeres a aceptar su dolor y vergüenza, sentimientos que habían conducido a la mayoría de ellas a abusar o maltratar a sus niños. De más está decir que este comportamiento era sobre todo inquietante habida cuenta de que los niños a menudo se traumatizaban severamente a sí mismos, lo cual nos forzaba a dedicar una energía considerable en la tarea trabajando esta cuestión entre ambas partes.

Sin embargo, independientemente de la terapia utilizada, rápidamente tuvimos la certeza de que el grado de traumatización, tanto entre mujeres como entre niños, era inmenso en cualquier estándar. Verdaderamente, muchas de ellos sólo podían darle sentido a su

sufrimiento si lo colocaban dentro del contexto de un argumento diseñado expresamente para castigarlas, a un nivel personal, por las fechorías que habían cometido en el pasado. En otras palabras, eran incapaces de conectar su trauma con las estructuras políticas y sociales más amplias de las cuales formaban parte. Es por eso que nuestro objetivo del trabajo con las mujeres era ayudarlas a vencer el sentido de impotencia y culpa. Sin embargo, a pesar de que tratábamos enérgicamente de empoderarlas y estimularlas, a menudo fracasábamos. En estos casos, simplemente intentábamos proveerles un conjunto de estructuras alrededor de las cuales pudieran organizar sus vidas, y apoyarlas paso a paso en el camino hacia su independencia y autonomía.

Desde luego, un elemento importante respecto a esta cuestión era el hecho de que nosotras estábamos allí para atestiguar y afirmar su capacidad de nombrar a los responsables de su sufrimiento. No había ni tiempo ni lugar para la neutralidad; los crímenes eran demasiado horribles, y las mujeres necesitaban simplemente que alguien estuviera allí para escucharlas y creer las historias que contaban. Sin embargo, esto no significa que los terapeutas fueran inconscientes sobre los peligros de la transferencia y la contratransferencia, lo que los conducía a prestar especial atención a los problemas de demarcación en las sesiones que tenían con las mujeres. Mientras tanto era vital que los empleados se protegieran de los efectos de la traumatización secundaria y el agotamiento, a su vez que era importante que ayudaran a las pacientes en el sentido de recuperar el control de sus vidas cotidianas, por ejemplo, mostrándoles cómo manejar memorias traumáticas de una manera constructiva.

Ya mencioné los problemas inherentes al intento de proporcionar terapia en un contexto donde tus pacientes están siendo re-traumatizadas diariamente. Casi todas las mujeres que participaban en el proyecto habían sido obligadas a escapar de sus casas, llevando solo lo que podían con ellas, y la mayoría habiendo perdido algún miembro de su familia también. De más está decir que esto hacía que les resultara muy difícil ponerle fin a esta cuestión, y aún más todavía debido a que sus vidas seguían siendo restringidas por la violencia a su alrededor. Obviamente, era un serio desafío que empeoraba por el hecho de que muchas mujeres no estaban dispuestas a aceptar darle un cierre de cualquier modo, ya que esto implicaba admitir que no había ninguna esperanza de volver a sus viejas casas o viejos modos de vivir.

En verdad, desde esta perspectiva debe ser reconocida la mayor parte de nuestro trabajo en Tuzla, ligado a la intervención de la crisis y el apoyo a mujeres que luchaban por recuperar su deseo de vivir. Como tal, encontramos a muchas personas que sufrían de síntomas semejantes a la disociación o la psicosis, así como muchas otras que habían adoptado mecanismos de supervivencia sumamente destructivos. Por ejemplo, no era raro que las sobrevivientes entraran en un tipo de identificación proyectiva con sus perpetradores, viéndolos como buena gente que simplemente las castigaban por malas acciones que habían cometido. Para citar un caso particularmente perturbador, una mujer que sufría de una culpa

profunda y vergüenza por una experiencia de violación anterior fue atacada otra vez por el mismo grupo de hombres. Sin embargo, en esta ocasión ella estaba con la regla y le dijeron que estaba tan sucia que no tenía sentido que se molestaran en violarla. Posteriormente, ella quedó tan traumatizada que fue casi un alivio cuando comenzó a articular su odio y rabia mediante lesiones autoinfligidas. Aunque su cólera estuviera dirigida hacia el enemigo interior más bien que al externo y verdadero, esto proporcionó una apertura por la cual ella podría expresar su dolor y, así, evitar volverse loca.

Conclusión

Como he procurado aclarar en la discusión previa, la aplastante mayoría de las refugiadas femeninas con quienes nos encontramos durante el curso de nuestro trabajo en el área de Tuzla había sufrido persecución extrema en manos de las fuerzas armadas y otros. Además, como terapeuta, podía ver cómo su sufrimiento, sumado generalmente al stress de la vida en una zona de guerra, tenía un efecto sobre mi propio bienestar. Aunque tendía a no experimentar ninguna enfermedad mientras estaba en Bosnia, en cuanto volví a Alemania, durante las vacaciones, inmediatamente me enfermé físicamente, además de sufrir pesadillas, insomnio y un malestar profundo. Estos síntomas daban señales de alarma en mi cuerpo, informándome de los peligros del trabajo en un entorno donde la relajación era un premio y una constante vigilancia era necesaria.

Abandoné Tuzla en febrero de 1996. Luego de mi vuelta a Alemania, dediqué varios meses a la tarea de encontrar nuevas fuentes de financiamiento para el proyecto, desde que la organización con la cual estuvimos involucradas originalmente estaba en proceso de ponerle fin a su compromiso con el Centro. Aunque hacia julio fuera claro que el financiamiento suficiente estaría disponible para asegurar que el proyecto pudiera seguir funcionando al menos otro año, yo permanecí activamente implicada en el trabajo del Centro hasta principios de 1997. En ese momento, decidí que lo mejor para todo el mundo sería que me distanciara y dejara que otros tomaran mi lugar.

Sin embargo, esto no quiere decir que abandoné la visión que me condujo a Bosnia en un primer momento. Sigo trabajando con refugiados, muchas son de la ex Yugoslavia, y muchos otros portan grandes cicatrices que son notablemente similares a las que encontraba a menudo en Tuzla. También sigo enojada, muy enojada con las personas que infligieron tal sufrimiento sobre mis pacientes, enojada con el ritual de humillación que los refugiados deben soportar hasta que les es permitido quedarse en este país, enojada con los Tribunales de Crímenes de Guerra de La Haya por haber fallado en la protección a los testigos y sus familias. Fue precisamente esta misma bronca la que me condujo, con otras dos mujeres, a tomar medidas en 1993 ante las atrocidades inimaginables que estaban siendo cometidas en nombre del nacionalismo étnico en la ex-Yugoslavia. Esto no ha cambiado.

(1) Gabriele Kramer, Doctora en psicología. Es una psicóloga clínica del ámbito privado, especializada en el trabajo con mujeres y niños.

* Krämer, Gabriele, "Traumatized Women Working with Traumatized Women: Reflections upon Life and Work in a War Zone" en *Assault on the Soul. Women in the Former Yugoslavia*, ed. Sara Sharrat y Ellyn Kaschak (New York, The Haworth Press, 1999), pp. 107-120.

También ha sido co-publicado simultáneamente como *Women & Therapy*, Volumen 22, número 1, 1999.

** Paula Satta es estudiante avanzada de la Licenciatura en Sociología de la Universidad Nacional de La Plata y activista feminista.